

Sembrar vida: re-existir entre pandemia y capitalismo

Motivadas por lo que nos atraviesa, somos tres mujeres conectando desde coordenadas distintas situadas en “lo psicosocial”. Queremos aportar, desde nuestras realidades y corporalidades, a la discusión frente al Covid-19, con reflexiones propias y comunes, unas compartidas, otras no tanto.

...

Soy una chilanga sureña con el corazón en Oaxaca, vivo con dos gatas negras a los pies del cerro de Monserrate. Estos tiempos me traen varias preguntas ¿Cómo nombrar este momento? ¿Confinamiento? ¿Aislamiento? ¿Distanciamiento? ¿Cuarentena? ¿Cuál es la palabra que nos ayuda a nombrar? Yo le llamo “momento planetario extraño”, no encuentro otra forma. Entre tanta información que, por momentos, más que informar satura. Con las variadas medidas implementadas por los gobiernos. La incertidumbre de cómo será la próxima semana, mes, año. Con el duelo de haber tenido que abandonar planes que divisaba para los dos meses anteriores y, al menos, para los dos próximos. Siguiendo a María Galindo, para mí ya todas estamos contagiadas, porque esa sensación permea nuestros actos diarios; sostiene los nuevos dispositivos de control (o recrudescen los ya conocidos) y regula la forma de relacionarme conmigo misma, con mis amigas y con mi entorno.

Al principio fue raro asomarme a la calle por la ventana y ver todo vacío. Los primeros días no podía dormir por tanto silencio en el edificio, en la calle, en mi apartamento. El otro día subí a mi azotea y hay una vida sucediendo en los techos, el vecino que corre ahí, las chicas en una mesa con su compu y un par de cervezas, los del otro lado que regañan a su gato porque brinca a los otros techos. Sólo hasta ahora nos conocimos.

Después, el sueño volvió. Con las demandas laborales sin horarios establecidos, con los límites difusos, con la obligatoriedad de tener los materiales y servicios disponibles en casa para seguir el ritmo de la producción. Volvió el cansancio, las preocupaciones, el agotamiento físico y mental, solo que distinto a lo que mi cuerpo conocía. Hasta antes de ahora, pensaba que una cuarentena en emergencia de salud era para reposar y recuperarse. Esta ha sido todo lo contrario. Nada de reposo, nada de recuperación y sí mucha demanda de productividad y creatividad para que pueda continuar girando el mundo capitalista.

Ahora me parece extraño ver por la ventana a tanta gente en las calles. Me preocupa la permanencia de los nuevos dispositivos de control que se han instaurado con esta nueva realidad. Que perdamos derechos laborales pensando que ganamos algo por trabajar desde casa. Que la prohibición de la demostración de los afectos nos individualice más. Que los cuidados colectivos se reduzcan a: cuídate porque así me cuidas.

...

En mi caso, soy una norteña asureñada que vive con una compañera mujer en un departamento con tonalidades naranjas y mucha luz, ubicado en una de las salidas-entradas de Oaxaca. Recientemente Elena, una sabia, me dijo: “el trabajo se adapta con facilidad a todas las condiciones”; mientras la producción ONGera se adaptaba, pensé que sería una oportunidad para hacer el día a día más tranquilo, más respirado. Parece que ese tiempo se acabó. Junto con otras, reconozco que muy pronto empezamos a saturarnos, a llenar los horarios de “chamba”, auto exigencias y nuevos compromisos.

Entre las mujeres que nos hemos acompañado en grupo, estamos buscando vías para seguir con harta dificultad: la in-seguridad de algunas plataformas, la falta de internet y las condiciones desiguales entre nosotras. Lo sostenemos, nos sirve espejear los sentires con otras. Hace poco, coincidimos en que queremos que se acabe esto, pero a la vez no. Sentimos esa contradicción y hasta angustia de volver a “la normalidad”; estar estresadas, mal comiendo y corriendo todo el tiempo ya no parece ser sinónimo de “vida”. Clemencia Correa de Aluna Acompañamiento Psicosocial dijo recientemente que el problema de este “trauma psicosocial” es que no tiene fecha de término, yo agregaría que no “se mira el horizonte” o por lo menos está muy nublado.

Aun así, con las mujeres que me rodeo nos preguntamos sobre cómo cuidarnos y contrarrestar la situación un poco, cómo afrontar estas emociones tan intensas de irritabilidad, agobio y a veces mucho miedo. Parece que toca soltar los procesos organizativos que se detuvieron y llorar las revueltas en las calles que no siguieron. De mi compañera he aprendido a ver caricaturas, y a veces, a no hacer nada. La decisión en mi pequeño núcleo-hogar, ha sido ver a algunas pocas personas y si abrazarlas, las más cercanas geográficamente y con quiénes compartimos intereses de andar en colectivo. Sembrar ha tomado más fuerza, es época de lluvia y ya están naciendo los brotecitos de vida, como contrarrestando un poco los aires de muerte. Y con ello me vuelvo a preguntar ¿Por qué *chingados* lo básico de una vida digna es tan inaccesible? La tierra, un par de cuartos-casa ¿Por qué hoy en día tener un espacio agradable para comer sano y en casa es un privilegio?

...

Yo, soy una "rola", así nos dicen en Colombia a quienes, habiendo nacido en la capital, tenemos sangre de la lejanía. Mas que del “interior” o de la costa, me siento hija de la cordillera. He vivido toda mi vida con 30 % menos oxígeno y, francamente, a veces se me nota. Durante este tiempo me ha habitado una contradicción permanente. Vivo con seis personas, pero me siento ausente. El trabajo y el estudio ocupan mis días, sigo cumpliendo con las horas del contrato, y ahora entrego informes semanales de las actividades para dar muestra de que el proyecto continua, en un tiempo en el que está en riesgo su financiación.

Medios de comunicación y redes sociales me dicen: descansa, dedica tiempo para ti, “reinventate”. Pero no te aisles, comparte tiempo con tu familia, aprovéchala ahora que puedes estar con ella; tampoco te que quedes perdiendo el tiempo; inscríbete a un curso virtual, aprende un idioma, adquiere un nuevo *hobbie*. ¡Pero recuerda que no estás en vacaciones! Tienes una reunión en una hora y falta hacer la revisión final del informe. Las mismas 24 horas que no eran suficientes antes de la cuarentena, siguen sin serlo ahora.

La situación actual nos ha planteado retos para continuar el trabajo con la comunidad. Hablé con una mujer que ha tenido dificultades para acceder al material educativo online de su hijo. Le pregunté si tenía alguna amiga en el barrio que le diera internet; su respuesta fue que no se podía permitir esos niveles de confianza. Justo en estos tiempos en los que la unión y la solidaridad son más que necesarias, la desconfianza que la violencia nos ha dejado se maximiza cuando vemos a cada persona como un potencial agente infeccioso. Me pregunto qué está pasando con los espacios de encuentro, las mingas, las ollas comunitarias, los lugares y prácticas en los que se teje comunidad. Pienso en lo que va a pasar en una “nueva normalidad” a la que poco a poco se está reintegrando el sector productivo, pero en la que el

sector social tendrá que esperar un buen tiempo más. ¿La álgida movilización social que se estaba despertando el año pasado se verá obligada a permanecer en casa? ¿Se van a parar procesos de exigibilidad de derechos que se venían adelantando en colectividad? ¡No! las redes sociales han sido instrumentos poderosos para seguir resistiendo y problematizando aquellas crueles realidades sociales que la pandemia ha hecho más visibles. Mis grupos de WhatsApp, antes informativos, se están convirtiendo en grupos de apoyo.

...

Nuestras experiencias nos dejan pensando en otras vivencias particulares y compartidas en cada una de las casas y las calles, en nuestros sitios comunes y en lugares desconocidos en los que nuestros sentires pueden resonar o encontrar coincidencias.

Vemos alarmantes las formas en que el trabajo y la explotación están mutando. Seguíamos en la lucha por politizar lo privado y la pandemia lo mercantilizó, ahora más que nunca lo personal es vendible. Nuestra vida más íntima, el lugar donde descansábamos se volvió nuestro centro de explotación laboral. El ojo del Sauron capitalista está dentro del hogar y nosotras le dijimos, “pásale esta es tu casa”. Silvia Federici (2013) venía señalando que la globalización busca entregarle al capitalismo el control sobre toda la actividad humana a través del ataque sistemático a las condiciones materiales de la reproducción social, principalmente sostenida por mujeres. Sin embargo, la pandemia también ha hecho aún más visibles las grandes fisuras del sistema capitalista, que vende estabilidad y seguridad, pero entra en crisis si no se le sostiene en el día a día y no es capaz de aguantarse por sí mismo un par de meses. La pandemia nos ha mostrado que el capitalismo es la persona precarizada que nadie quiere ser, esa que se levanta temprano a trabajar y se acuesta tarde trabajando; que no puede ahorrar porque vive al día y que si le da gripa no puede quedarse en casa para cuidarse, porque si no trabaja, no come.

Stefanía Grasso de Aluna Acompañamiento Psicosocial decía hace poco que la pandemia viene a agravar el contexto de violencia política, patriarcal y racista que ya estaba. Esa violencia que, siguiendo a Raquel Gutiérrez, nos afecta en particular a las mujeres y que Rita Sagato nombra como Guerra. Ante estos escenarios de violencia y precarización, varias nos encontrábamos dándole fuerza a la necesidad de acompañarnos mutuamente. Con la pandemia y su tendencia a la mercantilización de lo personal-privado, necesitamos seguir escuchándonos, pues la introyección de los roles de género, con sus culpas, miedos, entre otras cosas, hacen que con facilidad retrocedamos en el camino que habíamos ganado, tanto de ocupar el espacio público, como de centrarnos en lo que para nosotras es importante. Coincidimos con otras cuando dicen que tenemos que hallar en el “entre mujeres” nuestro punto de partida analítico que en luchas personales y colectivas hemos venido desplegando (Gutiérrez, Noel y Reyes, 2018). Creemos en poner allí nuestras apuestas políticas para seguir inventando caminos.

Ante los aires de muerte, queremos situarnos desde esas resistencias Foucault-nianas, para nombrar la vida que hay en las azoteas; en los ejercicios de siembra, en los encuentros con otras y otros, en ese mantenernos cerca más allá del mandato de distanciamiento y defender con las garras la muestra de los afectos, desde la continuidad de los procesos re-organizativos.

Hoy andamos re-existiendo aun con muchas preguntas, transitando a una "nueva normalidad" sin saber bien qué significa eso, más allá de que los sectores económicos se reactivarán ¿El

uso del cubrebocas con sus variados diseños? ¿Continuar la distancia social? Nos queda resonando la pregunta de Lederach ¿Cómo trascendemos los ciclos de violencia que oprimen a nuestra comunidad humana cuando aún estamos viviendo en ellos? y desde la mirada de Haraway nos preguntamos ¿qué debe cortarse y qué enlazarse, para que los florecimientos multiespecies sobre la tierra tengan una oportunidad?

Diana Alva, Daniela García y Tatiana Arrieta.

Sobre las autoras:

Diana Alva Pazarán.

Feminista, defensora de derechos humanos, psicóloga psicosocial, amante de los gatos y el café. Tengo como oficio escuchar historias para desmontar los discursos dominantes que en ellas habitan.

Daniela María G.

Soy una mujer de 35 años que disfruta dar clases y tallerear en grupo. Mi origen está en la zona citrícola de Nuevo León y he vivido en Oaxaca hace más de 10 años. Participo de un espacio entre mujeres que se llama “la Madriguera”. En las aulas he aprendido cosas de psicología, antropología y psicología social. Trabajo en una organización de Derechos Humanos (Código DH) coordinando el área psicosocial. Me asumo feminista y mis tipos de locura tienden a la dispersión y a soñar despierta.

Tatiana Arrieta Betancourt.

Soy una mujer bogotana con raíces campesinas, tengo 24 años y me estoy construyendo como feminista. Enamorada de lo psicosocial, he acompañado en el marco de prácticas universitarias y voluntariados a comunidades rurales y suburbanas de Colombia, todas en la marginalidad y algunas víctimas directas del conflicto armado de mi país. Trabajo en una ONG colombiana (Asociación Codo a Codo) coordinando un proyecto de acompañamiento psicosocial y psicopedagógico con niños, niñas, jóvenes y familias en un barrio suburbano al sur del municipio de Soacha. En esta experiencia sigo aprendiendo, desaprendiendo, sorprendiéndome, inspirándome, cuestionándome.

Referencias:

Federici, Silvia (2013) *La inacabada revolución feminista: Mujeres, reproducción social y lucha por lo común*. Ediciones desde abajo: México

Galindo, M. (2020). Desobediencia, por tu culpa voy a sobrevivir. Radio deseo.

Gutiérrez Aguilar, Raquel; Noel Sosa, María y Reyes, Itandehui (2018). El entre mujeres como negación de las formas de interdependencia impuestas por el patriarcado capitalista y colonial. Reflexiones en torno a la violencia y la mediación patriarcal. Revista Heterotopías del Área de Estudios del Discurso de FFyH. Vol 1, N° 1. Córdoba, Junio - ISSN: 2618-2726

Gutiérrez Aguilar, Raquel (2018). La lucha de las mujeres contra todas las violencias de México: reunir fragmentos para hallar sentido. En *8m constelación feminista. ¿Cuál es tu lucha? ¿Cuál es tu huelga?* Tinta Limón: Buenos Aires

Haraway, D. (2019). Seguir con el problema. Bilbao, España: Consonni.

Historias debidas VII: Rita Segato Video recuperado el 25 de mayo 2020 en https://www.youtube.com/watch?v=kMP21R_MQ1c

Lederach, J. (2007). La imaginación moral. El arte y el alma de la construcción de la paz. Gernika, España: Colección Red Gernika

Segato, Rita (2018) *La guerra contra las mujeres*. Prometeo libros. Buenos Aires